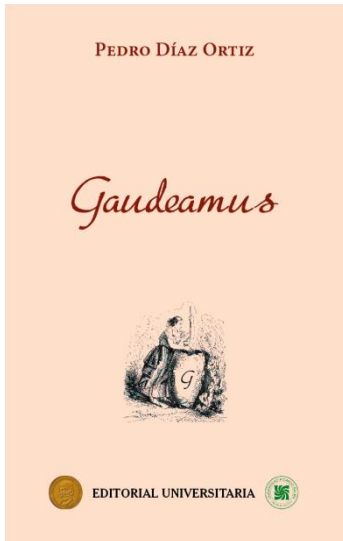


GAUDEAMUS



Pedro Díaz Ortiz Hombre de Letras

— “¿Por qué tan alegre/-le preguntaron al día-/si tu destino es la noche?/
Carpe diem, respondió el día”.

“Dibuja la vida/su extraña vocación/de fruta prohibida”.

P.D.O.

Por Winston Orrillo

“**Gaudemus**” (del latín: *alegrémonos, vivamos, gocemos*) es el idóneo nombre del último poemario de Pedro Díaz Ortiz, a quien denominamos, como gustaban llamarle a D. Alfonso Reyes: *un hombre de letras*. Porque nuestro autor, actualmente Decano de la Facultad de Humanidades y Lenguas Modernas de la Universidad Ricardo Palma, es una *rara avis*: un hombre dedicado en cuerpo y espíritu, al cultivo, visceralmente, de ellas, desde que es Doctor en Letras por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Director de la serie “Letras Francesas” y de la Revista de su Unidad Académica, así como Fundador y Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma.

Su primer poemario, porque el que reseñaremos es el segundo, llevó el sintomático nombre de “**Un no rompido sueño**”, con lo que nos lleva a la vocación por la estética clásica de su autor, quien, aparte de los avatares creativos, es un ensayista de nota, con estudios fundamentales como “**La estética teatral de Valle Inclán**” y la valiosísima edición crítica de la Primera Serie de Tradiciones Peruanas. Su especialidad, asimismo, se halla en la literatura francesa, (“**Albert Camus, Teatro y Sociedad**”) de la que es conspicuo traductor, con impecables versiones al español de textos de Georgette Philippart de Vallejo, y un volumen de poesía de Blaise Cendrars.

El libro, sobre el que versa esta columna, es un ejercicio de lirismo absoluto, incursión en la poesía breve, densa, profunda: “El ofidio lento escudriña/ la mirada del momento final”, “Atardece/ el color/y vienen/en sus ojos/pájaros/oscuras”. “En el equinoccio del sueño/el grito perpendicular del silencio”; en la que se pueden reconocer ecos de Montale, Ungaretti y Quasimodo; pero, sobre todo, un adentrarse en una poética que, terebrante, nos lleva hacia esencias filosóficas, como las que podemos señalar en los siguientes textos: “Vuelvo con el tiempo a cuestras,/ en el dorso del día tardío./ A duras penas soy el mismo/ mientras el otro, /los otros/ esquivan de reojo las miradas”.

La gran poesía, como nos lo enseñara Heidegger, siempre araña lo metafísico: el poeta raigal devela la superficie de lo apariencial para, como en el siguiente texto, llevarnos a las preguntas persistentes, perpetuas, donde el tiempo y el devenir son personajes cuestionadores. Por ejemplo: “Imagina.// Imagina que el tiempo no es el tiempo/ que no somos lo que parecemos/ Imagina que el día es un velero solar/ que navega a la deriva//Imagina que todas las rutas/ no conducen a ninguna Ítaca// Imagina que solo somos / un espasmo de vida/ y nada más.”

Hay que señalar, asimismo, el rico uso de las imágenes por parte del autor.

La gran poesía es esto: la interrogación permanente, irreversible (lo que nuestro Rubén Darío denominaba el “no saber adónde vamos/ ni de dónde venimos”).

Pedro Díaz Ortiz lo dice de este modo: “Una vez en el oscuro/ vértice del olor y del gozo, / del juego y del misterio.../ ¡Cuánto camino aún/ en la epidermis de la esfinge!” O, en este otro, que parece su coda: “He dejado el margen/ de las dunas amarillas/ para volver a la sílaba/ al tramonto vertical/ a la espuma del origen”.

El ser y el tiempo, el ser y la nada, el arcano, el sueño: pero la vida siempre trepida en el amor.

No hay gran poesía que no llene su horizonte con el amor. No es distinto el presente caso. “He esperado el signo/ y viniste tú/ mujer de piel ebúrnea/ y aliento de arena.// Estoy en medio del camino/ -como diría Dante del *mezzogiorno*-/ El horizonte se nubla impertérrito./ ¡Tu aliento me quema!”. Mas el lirida está, asimismo, en guardia contra el espejismo que se quiere hacer pasar por amor: camino de la autenticidad, podríamos llamarle a esto: “Fugaz manzana del deseo/ falso oropel del instante/ fusa del iris arcádico/ fundillo de su braga olorosa”.

Aunque a esta poesía, que podríamos calificar de difícil en su arquitectura de escarbamiento de las esencias, no es fácil hallarle lo que podríamos llamarle *una poética*, nos atrevemos a escoger la siguiente: “Busco en el silencio la palabra/ la palabra en el silencio,/ invertebrado el axioma/ en el vértice del ángulo, / la solidez del líquido/ el espejismo en el ojo vertical/ busco el hoyo en la espesura/ busco en el silencio la palabra”.

El volumen es otra bella entrega de la Editorial Universitaria de la URP.